



Mayté Aricel López Castro

La sociedad de la belleza: detrás del espejo

Mayté Aricel López Castro
Universidad Autónoma de Aguascalientes

Las cirugías plásticas en esta época son tendencia, a pesar de que han estado presentes desde tiempo atrás. Los estándares de belleza parece que rigen a la sociedad, de forma tal que, sin importar la edad que tengas, si eres mujer, estás condenada a querer seguirlos. Queremos cambiar el tamaño de nuestros senos, aumentar nuestros glúteos, reducir el tamaño de la cintura e inyectarnos los labios para lucir como los cuerpos sexuados y estereotipados de modelos que salen en la tele.

Sabemos que esa cintura diminuta o esas piernas sin celulitis, no se pueden lograr sin intervención quirúrgica. Aun así, seguimos llamando a esos cuerpos “los cuerpos que todas queremos”. Basta con meterse a cualquier red social para encontrar este tipo de videos de mujeres mostrando los resultados de sus cirugías, seguidos de cientos de comentarios de mujeres que las halagan, reproduciendo el mismo deseo. No las culpo. También he querido lucir como ellas.

Pero ¿realmente se trata de libertad corporal, o es una forma de presión social disfrazada? La belleza que se exige a las mujeres fue impuesta por los hombres para satisfacer sus propios ideales en una sociedad patriarcal. Si siento que debo cambiar mi cuerpo porque los medios promueven estándares imposibles y eso me hace sentir insegura, ¿estoy ejerciendo mi libertad o solo estoy reforzando ese sistema patriarcal?

Como decía Nietzsche: “el hombre se crea la imagen de la mujer y la mujer se forma según esta imagen”. ¿Qué tan distintas somos ahora a esa idea? ¿De verdad podemos decidir quiénes queremos ser, si desde niñas se nos ha enseñado a convertirnos en lo que los demás esperan? Seguimos moldeándonos a imagen y semejanza de una idea masculina del cuerpo femenino. Una imagen que creemos absoluta.

En este sentido, Wanda Tommasi en *Filósofos y mujeres* (2002), sostiene que la tradición filosófica ha pensado a la mujer no como sujeto, sino como objeto del discurso masculino. La figura femenina ha sido construida “desde fuera”, como un reflejo funcional al pensamiento del varón. Este posicionamiento no solo nos ha dejado fuera del espacio del pensamiento autónomo, sino que ha reforzado la imagen de una mujer hecha a medida del deseo masculino. Una figura que fue previamente pensada por otros.

Basta con meterse a una página de videos pornográficos, o al perfil de cualquier mujer que hace este tipo de contenido en redes sociales para observar esta *imagen femenina ideal*: piernas largas y sin estrías, labios grandes, área del bikini y axilas depiladas, sin rastro de que alguna vez creció vello ahí.

Recuerdo que, en una de mis tantas noches de insomnio, en la ansiedad y el vértigo que me daba no encajar, exploré varias de esas páginas porno. Quería encontrarle un sentido. No lo encontré, pero sí pude observar la constante: cuerpos delgados, curvilíneos, sin una parte del cuerpo más oscura que las demás. Todo en su lugar. Bien distribuido.

Para la edad que tenía en ese momento —no era más que una adolescente, introducirme en el mundo pornográfico, tuvo un fuerte impacto en mí. Empecé a detestar mi cuerpo. Me preguntaba por qué mi cuerpo no lucía como el de esas mujeres y si el hecho de que no luciera así implicaba ser menos deseada por los hombres. Quise cambiar mi cuerpo: depilándolo, maquillándolo. Usaba ropa

holgada para que mi figura —que creía defectuosa— pasara desapercibida por los demás.

Me llenaba el cerebro de videos y artículos que explicaban cómo lograr la perfección, el cuerpo ideal. Hacía ejercicio para tener el abdomen plano, dejaba de comer y hacía dietas que me prometían una cintura pequeña en menos de una semana. Incluso, consideré usar relleno en el brasier. Cuando nada de lo que hacía daba resultado, ansié crecer para poder modificarlo. Quería lucir como ellas, verme bella. Era una niña, pero empecé a entender mi condena de ser mujer: querer encajar.

¿Por qué tendría que ocultar mi cuerpo, transformarlo? La decisión de transformar nuestro cuerpo mediante cirugía no debería venir desde la inseguridad o desde la necesidad de validación y atención masculina. Decidir hacerlo para encajar en un estándar impuesto es seguir alimentando el mismo sistema que nos hace daño. Porque esta decisión no debe ser el resultado de un mandato, sino de un verdadero deseo personal, libre de influencias externas.

Entendí tarde que esos cuerpos femeninos perfectos que nos venden no son reales. Que hay diversidad de cuerpos y todos son válidos. Que a todas nos crece vello. Que se puede ir contra el estándar. Podemos no maquillarnos ni depilarnos y seguir siendo mujeres. Nuestro valor no depende de cuánto maquillaje usemos ni qué tan grandes son nuestros senos. Lo entendí cuando leí a bell hooks en *El feminismo es para todo el mundo*. Ella dice que las mujeres han sido educadas para verse a sí mismas desde una mirada patriarcal. Esa mirada externa (masculina, normada, deseante) que termina internalizándose. Y sí, ¡qué razón tenía! Porque incluso cuando una mujer dice que se opera “por ella misma”, realmente lo hace desde un deseo que ya fue moldeado por esa misma mirada.

Entonces, el problema no es la cirugía en sí, sino todo lo que hay detrás de ese deseo. No se trata solo de estética. Se trata de poder. De violencia. La belleza no es neutral; como señala Esther Pineda en *Bellas para morir*, es una herramienta para ejercer control sobre los cuerpos de las mujeres. Es violencia estética. Una forma más de dominación.

Esta violencia no se limita a la publicidad o los concursos de belleza: está en la vida cotidiana, en las conversaciones con amigas. Y, por supuesto, en la industria multimillonaria de la cirugía plástica. Así, lo que parece ser una “elección personal”, está atravesada por siglos de condicionamiento social. No es casualidad que seamos nosotras quienes sentimos la urgencia de cambiar constantemente. En nuestra angustia por seguir siendo vistas y conservar nuestro valor, empezamos a comprar cremas, cirugías, retoques y procedimientos que nos venden como si fueran actos de liberación.

¿Cómo puede haber libertad si esa elección solo se presenta como válida si se ajusta al ideal de belleza dominante? Esa es la pregunta clave: ¿cuánto de ese deseo es genuino y cuánto fue implantado? ¿Por qué no podemos amarnos tal cual somos?

No debería haber necesidad de cambiar nuestro cuerpo. Ni siquiera debería existir un estándar a seguir. Buscamos imperfecciones donde no las hay y tapamos todo lo que nos hace humanas. Nos da miedo ser vistas así: imperfectas. Vemos a otras mujeres tan perfectas, que, al mirarnos al espejo, si no nos parecemos, creemos que valemos menos. Que somos *menos mujer*.

Por eso no es casual sentir la necesidad de cambiar nuestro cuerpo. Mientras siga habiendo un estándar de belleza, estamos condenadas a querer seguirlo. Entonces, la pregunta vuelve con más fuerza: ¿realmente es libertad corporal o una forma de presión social disfrazada? Cada vez me queda más

claro: ninguna decisión que tenga como origen el miedo al rechazo, a la soledad, o a no cumplir con lo que se espera de nosotras, es un acto de liberación.

No es empoderamiento. Es opresión disfrazada de amor propio. No busco juzgar a quien decide operarse, porque, como dije antes: el problema no es la mujer que se modifica, sino el sistema que la obliga a desearlo. Por eso, es menester preguntarse: ¿hasta qué punto esa voz que nos dice “hazlo” es realmente nuestra? Siempre hemos tratado de recuperar nuestra voz, pero la perdemos cuando repetimos los mandatos que nos oprimen. ¿Por qué nos conformamos con el ideal que el hombre ha construido de nosotras?

La mujer que no se maquilla, que no se depila, que envejece sin miedo, es vista como “descuidada”, “dejada” o, en el mejor de los casos, “valiente”. ¿Por qué habría que tener coraje para simplemente no intervenir nuestro cuerpo? Esa reacción revela el nivel de presión que cargamos. Es el mandato social de belleza del que habla Pineda: ese imperativo que nos empuja a ver la vejez como un defecto.

Esto es porque el sistema valora de manera opuesta el paso del tiempo sobre hombres y mujeres. A las mujeres se nos exige mantenernos “bien conservadas”, como si nuestro valor dependiera de no mostrar señales de desgaste. Ahí está el doble estándar: mientras que al hombre el tiempo le suma respeto y experiencia, a la mujer la va despojando de su valor simbólico. Entonces luchamos contra el paso del tiempo con cirugías, cremas, dietas y silencios. Porque eso es lo que se espera que hagamos.

La belleza, en nuestra cultura, no solo es un deseo: es una forma de no volverse invisible, de conservar nuestro valor. Normalizamos y aceptamos estos mandatos. Queremos alcanzar la belleza perfecta, aunque duela. Porque nos educaron para preferir el dolor antes que la exclusión. Pero la verdadera libertad

corporal no debería radicar en modificar nuestros cuerpos para encajar, sino en liberarnos de la necesidad de cumplir con esos estándares.

Por eso, vivimos en una contradicción constante. Sobrevivimos en un sistema que nos exige lucir de cierta manera mientras intentamos liberarnos de él. ¿Qué tiene de malo no querer encajar? Podemos desafiar el sistema e ir en contra. Eso no nos quita valor. No nos hace más o menos mujer. ¿Por qué encajar en moldes que quizá no fueron hechos para contenernos? El deseo de encajar no es libertad. La libertad empieza cuando dejamos de desear ser otra.

Fuentes de consulta

- hooks, bell (2017). *El feminismo es para todo el mundo* (B. Esteban Agustí, L. T. Lozano Ruiz, M. S. Moreno, M. Puertas Romo & S. Vega González, Trad.). Traficantes de Sueños.
- Pineda G., Esther (2020). *Bellas para morir: Estereotipos de género y violencia estética contra la mujer* (1.^a ed.). Prometeo Libros.
- Tommasi, Wanda. (2002). *Filósofos y mujeres: La diferencia sexual en la historia de la filosofía* (C. Ballester Meseguer, Trad.). Narcea, S.A. de Ediciones.